

LA GENERACIÓN DEL 14 EN SU CENTENARIO

LÓPEZ VEGA, Antonio (dir.): *Generación del 14. Ciencia y Modernidad*. Madrid: Biblioteca Nacional de España / Sociedad Estatal de Acción Cultural, 2014, 309 p.

JORGE COSTA DELGADO

ORCID: 0000-0001-6640-7549

El pasado año se celebró el centenario de la fecha en que un grupo de intelectuales españoles hicieron pública su intención de llevar a cabo un proyecto de renovación cultural y política del país. En el valor simbólico de ese acontecimiento, la historiografía ha condensado una serie de procesos sociales junto a la acción coordinada de una nómina de personalidades intelectuales, recogiendo esa amalgama en la etiqueta de “Generación del 14”. Este catálogo, dedicado a esa generación, procede de una exposición organizada por la Biblioteca Nacional de España y Acción Cultural Española entre marzo y junio de 2014. Además de recoger reproducciones de las obras expuestas en la muestra, incorpora diecinueve textos de especialistas que comentan distintos aspectos tratados en la exposición.

Tras los prólogos institucionales de rigor, el catálogo se abre con un texto de Antonio López Vega en el que se sitúa a la Generación del 14 española en el contexto europeo y se resumen los temas que se van a tratar en cada una de las cinco secciones posteriores: la primera está centrada en la figura de Ortega; la segunda abarca la ciencia, la técnica, la arquitectura y la medicina;

la tercera, más heterogénea, reúne un artículo dedicado a la Residencia de Estudiantes, otro a la política y un último a las mujeres coetáneas a la Generación del 14; la cuarta sección está dedicada a las particularidades intelectuales de Cataluña, País Vasco y Galicia; mientras que la quinta se ocupa de la relación de la Generación del 14 con América. Puesto que los artículos son numerosos y variados, no haré una reseña del contenido de cada uno de ellos. Trataré más bien de comentar la imagen global que de la Generación del 14 ofrece el catálogo.

En primer lugar destaca algo que ya está presente en el título de la exposición: hablar de la Generación del 14 es hablar de un proyecto de modernización de España fundado en la innovación científica. En algún texto, particularmente en el de Ana Romero de Pablos, se sitúa a la Generación del 14 como un eslabón decisivo en un proceso más amplio que implica a otros agentes no específicamente intelectuales, como el Estado. Sin embargo, la mayor parte de los autores señalan a la Generación del 14 como el agente principal de la modernización, subrayando, por un lado, la conexión con la Institución Libre de Enseñanza y, por otro, la ruptura con la precedente Generación del 98. Pero, ¿en qué se concretó ese proyecto de modernización de España? Hay un claro consenso en torno a tres rasgos: fomento de la ciencia, importación cultural desde los principales centros intelectuales europeos y participación política activa. Para los dos

primeros hay acuerdo entre las distintas aportaciones al catálogo, mientras que existen divergencias entre los autores que se ocupan del sentido preciso de la participación política, cuya importancia como factor que define a la generación, sin embargo, no se pone en duda. Dejemos, por tanto, la política para el final. La renovación cultural que protagonizó la Generación del 14 se apoyó en una institución fundamental: la Junta para Ampliación de Estudios, fomentada desde la Institución Libre de Enseñanza y dependiente del Ministerio de Instrucción Pública. La JAE y los distintos centros vinculados a ella fueron la plataforma desde la que se impulsó una verdadera revolución científica en España. Una revolución que tenía inspiración europea: los principales centros culturales europeos fueron el lugar de formación de toda una generación de intelectuales y también la orientación para el modelo que pretendían implantar en España. La virtud de la Generación del 14 no solo consistió en salir a Europa a formarse, sino, sobre todo, en dotarse de los medios e instituciones para desarrollar esa formación adquirida a su regreso a España.

Una segunda pregunta que debe contestar un catálogo dedicado a la Generación del 14 es quiénes formaban parte de la generación. Y aquí encontramos una curiosa contradicción que suele acompañar al uso del concepto de generación: al mismo tiempo que se destaca la importancia de instituciones como la JAE y se menciona, de pasada, el número de pensionados (casi 3.000 en el extranjero, cerca de 4.000 en total), el análisis del proceso de moderni-

zación española se reduce a los logros de las grandes personalidades que dan lustre a la generación. Como consecuencia de ello, la discusión historiográfica deriva hacia qué grandes figuras están incluidas en la nómina generacional y cuál es su jerarquía interna. No se entienda esto como una crítica específica al catálogo; al contrario, este refleja fielmente el tipo de debates que la historiografía española ha tenido acerca de las sucesivas generaciones de intelectuales españoles. Un repaso a los artículos no deja dudas: Ortega ocupa el lugar privilegiado en el escalafón, quizás por ser el referente de la más noble de las disciplinas. Lo siguen Azaña y Fernando de los Ríos, con un perfil más político; Ramón y Cajal y Marañón, en medicina; Jiménez Fraud como organizador de la Residencia de Estudiantes; Blas Cabrera, en física; y Leonardo Torres Quevedo como ingeniero –al que la exposición dedicó un amplio e interesante espacio. Nadie puede dudar de la importancia de tales figuras para el desarrollo de una investigación científica de vanguardia en sus respectivas disciplinas, o para la elaboración de un determinado discurso político si hablamos de De los Ríos y Azaña –aunque en todos los casos la cuestión no se agota ahí. Pero es igualmente indudable que la modernización de España depende de lógicas mucho más amplias en las que la acción de estas grandes personalidades, por sí misma, juega un papel poco relevante. Por tanto, para atender al propósito que anuncia el segundo elemento del título de la exposición –recordamos: ciencia y modernidad– sería aconseja-

ble invertir el sentido del análisis: en lugar de describir las aportaciones de estas grandes figuras generacionales a la modernización de España, se trataría de explicar más bien qué hizo posible, en la España de finales del siglo XIX y principios del XX, la aparición de la Generación del 14.

Otra cuestión relevante que se presenta a una persona interesada en conocer el perfil de la Generación del 14 es precisamente dónde trazar los límites, el contorno de ese perfil. En los artículos que componen el catálogo, el perfil de la Generación del 14 está limitado temporal, temática y espacialmente. Los límites temporales son los más evidentes en una división generacional de lo social: así, los miembros de la generación, jóvenes y prometedores intelectuales en 1914, habrían nacido aproximadamente en la década de 1880. Pero ya un mero repaso de los nombres ilustres que el catálogo incluye en la nómina cuestiona estos límites: ¿qué ocurre con Santiago Ramón y Cajal o Leonardo Torres Quevedo? Pues ocurre que el condensado de significados que recoge la agrupación generacional está construido con materiales de procedencia muy diversa. Según muestran Antonio López Vega y Ana Romero de Pablos, tanto la medicina como la ingeniería conocieron avances y figuras similares a las del 14 con años de antelación. El hecho de que sean similares justifica su inclusión en la exposición, pero estas dos disciplinas tuvieron un ritmo de evolución diferente al de la filosofía, la literatura o el periodismo, por ejemplo. La sincronía entre los distintos campos sociales

que impone el concepto de generación, cuando se aplica en un sentido transversal a lo social, genera este tipo de excepciones cronológicas. Cuando esa sincronía no es solamente el efecto del uso de dicho concepto por el investigador, es decir, cuando se produce una sincronización real en el curso histórico de algunos campos sociales, el desfase previo entre los distintos ritmos se solapa y, por un tiempo, parecen funcionar al unísono, o más bien tener espacios de encuentro prolongados en el tiempo. Esto es lo que ocurrió con la medicina y la ingeniería aplicada a la ciencia gracias al impulso de la JAE, con lo que ambas disciplinas se insertan con pleno derecho en la Generación del 14, que podría definirse, en este sentido, como la relativa sincronización de algunos campos de la actividad intelectual: filosofía, ciencias, periodismo, medicina e ingeniería. Sin embargo, hay varias temáticas cuya consideración en el catálogo las sitúa claramente al margen de la Generación del 14: es el caso de la arquitectura o del feminismo, temas tratados en la exposición, pero cuya evolución no comparte los mismos hitos que caracterizan a la agrupación generacional. En cuanto al arte y a la literatura, no encontramos en el catálogo un espacio dedicado en exclusiva. Lo segundo es más excusable, comparando el carácter literario del 14 con el de las dos generaciones que la escoltan en su recorrido histórico. En cuanto al arte, si bien las vanguardias estaban ya abriendo su propio camino, se echa de menos un comentario del trasfondo artístico de la obra pictórica recogida en

el volumen y de su relación con las demás materias allí tratadas.

A los límites espaciales de la Generación del 14 dedica el catálogo sus dos últimos apartados: en el primero se trata el novecentismo catalán, el mundo intelectual y político vasco de la época, y el grupo *Nós* en Galicia. Estos tres espacios tienen una relación desigual con la Generación del 14, que fue un fenómeno estrictamente madrileño. No quiere decir esto que todos sus miembros procedan de Madrid, sino que fue en Madrid donde se generaron los espacios e instituciones que hicieron posible una actuación coordinada. El novecentismo catalán tiene una relación más estrecha con la Generación del 14, pero su evolución cultural y, sobre todo, política difiere bastante de la madrileña. En los casos vasco y, especialmente, gallego, la distancia respecto a lo que ocurre en Madrid es enorme; pese a que algunos vascos como Urgoiti, Ricardo Gutiérrez Abascal, Indalecio Prieto o Ramón de Basterra tuvieran una relación más estrecha con el núcleo de intelectuales del 14. Por último, la sección dedicada a la relación de la Generación del 14 con América destaca el impulso que esta dio a los vínculos intelectuales entre España y ese continente. En las fases que tuvo este acercamiento jugó un rol importante el factor político, que explica, sin pretensión de exclusividad, la simpatía por los Estados Unidos durante la I.^a Guerra Mundial y el tardío vínculo con México, aplazado por la Revolución mexicana y potenciado sobre todo por la afinidad entre la II.^a República y el gobierno de Lázaro Cárdenas, que brindó una ex-

traordinaria acogida a muchos intelectuales españoles que partieron al exilio.

Terminaré esta reseña retomando el problema aplazado del sentido de la participación política de la Generación del 14. Las distintas aportaciones sobre política presentes en el catálogo apuntan a un grupo políticamente cohesionado tan solo en 1914, cuando todos estos jóvenes intelectuales se aproximan a la órbita del Partido Reformista de Melquíades Álvarez. Pasado ese momento, la discusión sobre si en la generación predomina el liberalismo, si este convive con otras líneas políticas como el socialismo, o si esas líneas tienen puntos en común está abierta –yo añadiría a intelectuales firmantes del manifiesto de la Liga de Educación Política como Maeztu y Basterra, que comparten el afán de modernización y renovación de la vida española, pero lo asociaron a un proyecto político de extrema derecha. Por encima de esta coincidencia inicial en el programa reformista, el elemento común que más destaca en la intervención política de la Generación del 14 es la apuesta por la prensa, de una manera diferente a la propia de la Generación del 98. Frente a los artículos individuales de Unamuno, Azorín o Baroja, la Generación del 14 se caracterizó por construir proyectos periodísticos de largo aliento, orientados a la política –*España*, en el segundo período–, a crear opinión pública en un sentido más amplio –*El Sol*–, o a la difusión cultural –*Revista de Occidente*. En esto Ortega destacó especialmente, pero no fue el único.

Además de 1914, hay tres hitos temporales que marcan la trayectoria política de esta generación: la proclamación

de la II.^a República, la Guerra Civil y la Transición democrática de 1978. Sobre lo primero, frente a la generalizada idea de la II.^a República como “república de los intelectuales” reafirmada en distintos artículos del catálogo, Octavio Ruiz-Manjón matiza la influencia intelectual sobre la política española: “no era cierto del todo”. En cuanto a la Guerra Civil y la Transición, señalan el fracaso y el éxito póstumo del proyecto político de la Generación del 14: Antonio López Vega afirma que en 1978 se recuperó el “proyecto reformista socio-liberal de esta generación” porque España sí encontró entonces “el espíritu de concordia, libertad y democracia que faltó en 1936” y atribuye a una ambigua “radicalización política” el fracaso generacional del 36. A este respecto, Manuel Menéndez Alzamora nos recuerda lo evidente, que no obstante a veces pasa desapercibido en estas revisiones generales: hubo un golpe militar en 1936. El artificio de asociar el proyecto político de la Generación del 14 a un espíritu liberal y democrático que fracasa en 1936 y vuelve a emerger en 1978, hace más difícil explicar con claridad cuál fue el papel político de los intelectuales del 14 durante la República y después de la Guerra Civil –no todos murieron en el exilio: hubo quienes murieron durante la guerra, quienes trataron de mantenerse al margen, quienes apoyaron a la República y también hubo quienes apoyaron el golpe militar y la Dictadura franquista.

Pero más allá de este catálogo y de la exposición, cabe preguntarse por qué el centenario de la Generación del 14 ha pasado relativamente desapercibido

para la opinión pública. Sin duda ha significado una ocasión para el encuentro y el debate entre especialistas, que, recogiendo el testigo del que es considerado manifiesto fundacional de la generación (“Vieja y nueva política”), han intercambiado análisis y diagnósticos políticos e intelectuales en los distintos eventos organizados al calor del aniversario. Pero queda la sensación de que, fuera del círculo académico de especialistas en la materia, otros asuntos más urgentes han dejado en la sombra esta celebración. ¿Se debe esto acaso a la escasa promoción del aniversario por parte de académicos e instituciones? ¿O es que la Generación del 14 no aporta nada a nuestro presente histórico? Quizás haya una explicación ideológica a este desinterés. El relato político que se ha construido en torno a esta generación, asociándola globalmente a la libertad perdida en el 36 y recuperada en el 78, sirvió sin duda para legitimar el proyecto político que se intentaba construir durante la Transición. Pero, al mismo tiempo, la insistencia en este relato ha cerrado las puertas a la posibilidad de una reapropiación desde otras posiciones políticas que ahora plantean la crisis del sistema político resultante de dicha transición. Quizás un análisis más preciso y menos generalista del papel político de esa Generación, permitiría una reapropiación más plural de un proyecto que, por otra parte, solo fue plenamente compartido en 1914. Lo que tuvo de compartido lo fue, en buena medida, por su oposición al sistema político de la Restauración. Subrayar las divergencias políticas o los diferentes proyectos que a partir de